En un costado del Edén

Ella descartó la posibilidad de quedarnos
sentados a la orilla de este río.

Estableció que la vida era tan sencilla
que no era necesario componerle ideas,
sólo dejarse llevar por la voluntad de los sentidos.

Volvió a la batalla como la primera vez,
desnuda y mostrada al viento matrero,
con la claridad echando raíces sobre su frente.

Levantó la cosecha del alma
y se entregó de bruces al misterio de la vida.

♦ ♦ ♦ ♦

Ella dibujaba la pasión en sus besos
y ponía a florecer los rumores del instante.

Para que el mundo tuviera sentido
ella doblaba la voz del mar
y convertía las madrugadas en deseos.

Para que la vida tuviera sus propias palabras
declaraba prohibido el pensamiento
y la fuerza del alma brotaba sin control. ♦

Alberto Vega Aguayo

